

"Más bajas las punterías,
 "Porque si no, nos perdemos."
 El papel cayó en las manos
 De Trujillo, que al momento
 Mandó venir á Pelayo,
 Quien se presentó sereno.
 "Que le cuelguen,"—grita el jefe,
 Y la orden tuvo su efecto,
 Quedando el triste cadáver
 En la picota suspenso,
 Blanqueando la fatal carta
 Sobre su desnudo pecho.

Muñiz, por inexplicable
 É increíble desconcierto,
 Emprendió su retirada
 Cuando era infalible el éxito.
 Los serviles atribuyen
 El triunfo á favor del cielo
 Y Venegas á las tropas
 Ostentoso otorga premios.

ROMANCE DEL LEGO GALLAGA.

Como tigre perseguido
 Por una chusma obstinada,
 Cruzando valles y cerros
 Camina el lego Gallaga,
 Que se tornaba demonio
 En medio de las batallas.
 Ya se escabulle mañero,
 Ya embiste, hiere y asalta,
 Y por todas partes deja
 Las huellas de sus hazañas.
 Sandoval, su compañero,
 Pretende que imploren gracia;
 Pero el lego enfurecido
 Sus intrigas desbarata.
 Asi á Tomatlan llegaron,
 Llenas de rencor las almas,

Sandoval le manda al lego
 Que emprenda la retirada,
 Porque al fin él era el dueño
 De la tropa y de las armas.
 “Eso no se me propone
 —Dijo arrogante Gallaga—
 “Y ménos por los que tienen
 “De la vil traicion la mancha.”
 Sandoval hace un empuje,
 La rienda suelta á su rabia,
 Y de la mansion del lego
 Sorprende la pobre guardia.
 Los soldados, aturcidos,
 Se esconden y se acobardan,
 Y el lego, al primero que huye
 Le atraviesa con su espada.
 Era un rayo, era una furia
 Que hiere, incendia y arrasa;
 Mas la tropa numerosa
 De Sandoval, se adelanta,
 Y dirige sobre el lego
 Sus furibundas descargas.
 Cuando el humo se disipa,
 En la ensangrentada estancia
 Moribundo yace en tierra,
 Sin humillarse, Gallaga.
 Entónces sus enemigos
 Hasta la plaza le arrastran:

“Un instante,” grita el lego
 Con voz imperiosa y clara;
 Los soldados, que le escuchan,
 Al hombro ponen sus armas;
 “Un momento;” y de rodillas
 Pronuncia algunas palabras
 Dirigiendo al Sér Eterno
 La más sentida plegaria.
 Despues se venda los ojos
 Con indiferente calma,
 Levanta erguido la frente,
 “¡Fuego!” con valor exclama,
 Y su cabeza orgullosa
 Rompen silbando las balas.



ROMANCE DEL TRAIOR ELIZONDO.

Por las llanuras de Béjar
Vaga el traidor Elizondo,
Sembrando por donde pasa
El terror y los despojos.
Tránsfuga de las banderas
De los patriotas gloriosos,
Borrar quiere los recuerdos
De proceder espantoso.
Camina ufano, atrevido,
Fátuo, plagiando lo heróico,
Y en las reñidas batallas
Con los insurgentes briosos,
Se embriaga con sangre humana,
De las fieras con asombro;
Y sintiendo que matando
Sólo, se quedaba corto,

Apuraba la tortura
 Con inventos y destrozos.
 Pasma de lo inverosímil,
 Del imposible trastorno,
 Arredondo le envidiaba
 Su inspiracion de demonio,
 Y Calleja sus infamias
 Supo con gozo diabólico.
 Marchaba entre los soldados
 De ese feroz Elizondo,
 Un jóven de noble sangre,
 De hermoso y amable rostro,
 Y en sus maneras dechado
 De compostura y decoro.
 Era Serrano su nombre,
 Teniente caballeroso,
 Contradiccion y contraste
 De aquellos facinerosos.
 Culto, educado en Europa,
 Fiel, inexperto, bisoño,
 Al mirar tanta matanza,
 Tanto incendio, tanto robo,
 Fué presa de la locura
 En accesos dolorosos.
 Se presentaba á su mente
 Cual Satanás, Elizondo
 Despedazando sus carnes
 Y entregándola á los lobos.

Veces mil miraba un ángel
 Que le gritaba imperioso:
 "Da muerte al traidor infame,
 "Mata justiciero al monstruo."
 Y así luchando, y con fiebre,
 Y gimiendo el pobre loco,
 De tormento eran sus dias
 Y eran sus noches de insomnio.
 Elizondo está en su tienda
 Despues de beber gozoso,
 Pidiendo al sueño ilusiones
 Y á su fortuna tesoros.
 Don Isidro de la Garza
 Le custodia á trecho corto;
 Las guardias yacen dormidas
 Y el campo está silencioso.

De pronto hay gritos, alarma,
 Y escándalo y alboroto;
 Acude la guardia, llegan
 Los soldados presurosos
 Con hachones en las manos,
 Y ven el cuadro espantoso
 En alto tiene la espada,
 Y erguido el terrible loco,
 A sus piés están tendidos
 Garza y el cruel Elizondo,
 Ensangrentadas las ropas,

Desfigurados los rostros,
 Nadando en mares de sangre
 Miembros truncos y despojos
 “Venid,—les grita Serrano—
 “Venid,—con acento ronco,—
 “Venid, yo soy de los cielos
 “Un enviado misterioso
 “A quien armó la justicia
 “Para castigar los monstruos.”

Y refiere la leyenda,
 Que aquellos acentos sordos
 Tuvieron ecos horribles
 En Baján y sus contornos.

ROMANCE DE ARREDONDO.

¡Hola! ¡hola! á las mujeres,
 ¡Hola! ¡hola! á los ancianos,
 Corran niños y labriegos
 Hasta perderse en los campos.
 Allá entre nubes de polvo
 Se está viendo á los soldados
 De don Joaquin de Arredondo,
 Que es de la Frontera espanto.
 Cuando pasan sus legiones
 La tierra queda temblando,
 La gente de los cuarteles
 Dice que es asombro y pasmo,
 Y en la capital sus hechos
 Se créen por arte de encanto.
 Airados los insurgentes
 Le ven como al mismo diablo;

Con verter sangre delira
 Despierto como soñando.
 Y el General Arredondo
 Es, á la verdad hablando,
 Un aborto, un mal engendro
 Del calavera soldado,
 Desprecio de los valientes
 Y de los necios encanto.
 Vino, fandangos, mujeres,
 Ocupaban su descanso,
 Y luego frívolo y rudo,
 Prostituyendo su mando,
 Tocaba el clarin alarma,
 Se figuraba un asalto,
 Y al frente de sus secuaces,
 Y con la espada en la mano,
 Arremetia en las sombras
 Con entes imaginarios,
 Y los honores del triunfo
 Reclamaba entusiasmado.
 ¡Guay las provincias internas!
 ¡Ay de los pueblos lejanos
 En que aquel mico, en pantera
 Se trasformaba tirano!
 Entónces era el degüello
 Y los pueblos incendiados;
 Entónces á las familias
 Eran terribles asaltos,

Para tornar á las bellas,
 Y á la embriaguez y al fandango.
 Así cual nube cargada
 De tempestad y de rayos,
 Por huracanes furiosos
 Terror y muerte arrastrando,
 Retronaba en los desiertos
 Y en los pueblos era estrago;
 Así llamaba victorias
 Sus crueles asesinatos.
 ¡Pobres provincias internas!
 ¡Ay de sus hermosos llanos!
 ¡Ay de los pueblos inermes
 Con semejantes soldados!

FAMOSO ROMANCE DEL GRAN MORELOS.*

Con la bendicion de Hidalgo,
Con la esperanza en el pecho,
Por compañero su brazo
Y por protector el cielo,
De Necupétaro humilde
Sale entusiasta Morelos,
Llevando en la mente un mundo
De heróicos presentimientos
Que en hazañas inmortales
Hacen tornar los ensueños.
Diez años contaba el siglo
De Noviembre entre los hielos:
Al Sur marcha el gran caudillo,
Donde hace su nido el fuego,
Y do la tierra fecundan
Del sol los ardientes besos.

* Los romances referentes al gran Morelos, quise dedicarlos expresamente al Sr. D. Ignacio M. Altamirano, en testimonio de fraternal cariño.

Por la hacienda de la *Balsa*
 El héroe pasa en silencio,
 Y andando más adelante,
 De milicias un sargento
 Le regala unos fusiles
 Tan maltratados y viejos,
 Que al dueño, no á su contrario,
 Causaban pavor y miedo;
 Y unas lanzas que parecen
 Por su inofensivo aspecto,
 Que lloraban su desdicha
 De no haber quedado leños.
 Mas congrega voluntades
 Con su palabra y su aspecto;
 Los unos sabio le llaman,
 Y los otros caballero,
 Y en pos de sí se llevaba
 A los hombres y los pueblos.
 Así penetró hasta *Tecpam*,
 Cuyas puertas se le abrieron
 Como dos brazos que estrechan
 A su señor y á su dueño.
 Y al aturdir de los vivas,
 Y al desbordarse el afecto,
 A servir en sus banderas
 Se presentan dos mancebos,
 Ufanos, briosos, altivos,
 Tan valientes como buenos.

Eran estos los Galeanas,
 Que despues resplandecieron
 Como unos soles fulgentes
 De nuestra gloria en el cielo.
 La corriente de patriotas
 Como rio va creciendo
 Crece, crece caudaloso,
 Que vas para el mar inmenso:
 Crece, y vístanse tus aguas
 Del resplandor de los cielos;
 Crece, que en tus ondas llevas
 Gérmenes de ilustres hechos.
 Así la fuerza insurgente
 Se dirige al *Veladero*,
 Y de las iras de España
 Se oyen los primeros truenos,
 Apenas cruza el combate
 Por los campos como el viento;
 Pero de muerte y venganza
 Estallaron los acentos,
 Y en las olas de Acapulco
 Fueron á morir los ecos.

el
o
nti
nto
y

ROMANCE DEL VELADERO.

En el cerco de montañas
Que al afamado Acapulco
Forman ya vistosa faja
O ya gigantesco muro,
Se mira empinado cerro
Que funge como reducto
Para amenazar al puerto,
De su pujanza seguro.
En derredor y á su espalda
Se despeñan exabrupto
Desfiladeros gigantes,
Doquier abismos profundos,
Desencajados peñascos,
Y senderos tan oscuros,
Como garganta de sierpe,
Como cañon de trabuco.

En la cima de ese cerro
 Míranse, cual neiros puntos,
 Unos picos, que ortines
 Nombraron con por lujo
 Los gloriosos urgentes
 Cuando iban a pos de triunfos.
 Caravalí fue el primero,
 De Morelos el segundo,
 Y el tercero San Cristóbal
 Por lo fuerte y lo seguro.
 Entre las ásperas quiebras,
 Entre aquellos encarrujos,
 Véense jacaes dispersos,
 Cual si escondieran el bulto,
 O como unos malhechores
 Entre la maleza ocultos:
 Y en tan incómodo sitio,
 El hado feliz dispuso
 Formar un foco de gloria
 Que diera á la Fama asunto
 Para cantar altos hechos
 Con admiracion del mundo.
 Ávila allí con denuedo
 Resistió el ataque rudo
 De setecientos realistas
 Que, en empuje furibundo,
 Pretendieron destrozarle,
 Siendo nueve hombres los suyos.

Allí, y donde *los Cajones*
 Forman un estrecho embudo
 De roca viva, Morelos
 Alcanzó espléndido triunfo
 En repetidos encuentros,
 A cual más sangriento y rudo.
 De allí partió, como rayo,
 Para abatir en minutos
 De Carreño la arrogancia
 Y de Páris el orgullo.
 Allí ha grabado la Historia,
 Severa y con firme pulso,
 El nombre del *Veladero*,
 Que Morelos sin segundo
 Dotó de auréola sublime
 Para los siglos futuros.
